AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 26.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Sombreros de verano.—Una teoría sobre el amor.—La novicia de Jerusalen, traduccion de D. J. F. Saenz de Urraca.—A la señorita doña Felisa del Olmo: Melancolía. — El genio de la inocencia.—Camino del Paraiso.—Tristeza. — El corredor de playa. — Revista local. — Figurin iluminado.—Problema de ajedrez.

Sombreros de verano.

NUMERO 1.

Sombrero redondo de paja gruesa de Italia, orlado por dentro con un rizado de tafetan encarnado; en el delantero plumas encarnadas y negras, sujetas por un ancho lazo de cinta encarnada; un paño de tul negro, guarnecido por su orilla con encage del mismo color, da vuelta el rededor del fondo, y cae por detrás.

SOMBRERO 1.

NUMERO 2.

Sombrero de crin, color de paja; bridas de igual color; por dentro y por fuera acianos y espigas; una punta pequeña, guarnecida de encage, cae en el medio por delante.

NUMERO 3.

Sombrero de paja de capricho blanca, lustrada y satinada; guarnicion de plumas blancas y plumas de pavo real; bridas blancas.

NUMERO 4.

Sombrero de paja de Italia; bavolet y bridas de cinta blanca, orlada por un rizado estrecho; ramo de zarza-rosa y de follage de varios matices, atado y sujeto por una ancha tira de encage negro.

NUMERO 5.

Sombrero de paja, con cairele de paja todo al rededor; bavolet y bridas de cinta de tafetan verde claro; adornos compuestos de ramas sahuco y de encage negro.

NUMERO 6.

Sombrero de paja inglesa, color de Habana, para niño. El sombrero va guarnecido con cinta de tafetan del mismo color que la paja.

NUMERO 7.

Sombrero redondo (forma dicha *casquete*) de paja negra, con cinta de terciopelo negro y plumas negras.

NUMERO 8.

La misma forma que el anterior. Este sombrero se ribetea con tafetan escocés á cuadros verdes y azules, y se le rodea con una tira al sesgo del mismo tafetan; por delante plumas azules y verdes, plumas de pavo real y conchas de nácar; en el lado derecho y hácia atrás va colocada una pluma azul.

NUMERO 9.

Sombrero (forma *casquete*) de paja color castaño; guarnicion de terciopelo de igual color; plumas lo mismo y conchas de nácar.

UNA TEORIA SOBRE EL AMOR.

Muchas veces he oido á las mujeres murmurar de los hombres, y muchas tambien he visto asomarse á los labios una sonrisa de incredulidad ante las promesas de constancia de algun amante, por mas que la patente de su conciencia no estuviese muy limpia de pecadillos amorosos.

Ellas y ellos tienen mucha razon al juzgarse recíprocamente; pero es preciso que confiesen las primeras que cuando el hombre ama, su amor es mas duradero, mas intenso que el de la mujer.

El hombre no ama mas que una vez, la mujer muchas.

Lo que esta tiene de variedad, lo tiene aquel de intensidad, y váyase lo uno por lo otro.

Pero la teoría necesita el auxilio de la práctica, y para convencer á mis lectoras, voy á contar un hecho, que en mi humilde opinion solo tiene un defecto, el de parecerse á otros muchos.

Hoy precisamente hace un año que Diego de Pereda, jóven elegante y simpático, escuchó de los hermosos labios de la señorita Clotilde de Sepúlveda el dulce *si*, esa fórmula que tantas veces produce la ventura ó la desgracia—por escrito—de los amadores aspirantes.

SOMBRERO N.º 2.

Y como Diego amaba á Clotilde con toda su alma, y despues de un año de merecimientos habia escuchado, despierto, el monosílabo de sus sueños, su felicidad fué inmensa.

© Biblioteca Nacional de España

SOMBRERO N.º 3.

Me acuerdo que la casualidad nos reunió algunos instantes despues en el paseo de la Castellana.

Eran las diez de una noche de primavera, y al confiarme su felicidad juró no amar á nadie mas que á Clotilde durante el resto de su vida, y seguir adorándola ultra-tumba, ser parco de existencia para consagrársela á su media manzana—que no ha de ser siempre naranja, cuando muchas mujeres son discordia—y qué sé yo los demás juramentos y protestas que hizo.

No me dió compasion su estado lastimoso, porque comprendí su locura; por el contrario, le escuché con atencion, y él, que necesitaba desahogarse, me contó minuciosamente la historia de sus amores, y hasta el mas insignificante detalle de la escena que habia precedido á nuestro encuentro.

Entonces me convencí de que el amor era verdad, de que se amaba mucho, de que amando es indispensable ser virtuoso, de que siendo virtuoso por el amor, se podria llegar á ser feliz, y hubiera querido amar; pero estoy seguro de que desde la Fuente Castellana hasta la calle de Alcalá hubiera desistido de mi propósito.

Por último, asistí al espectáculo de un amor naciente que prometia mucho.

Diego fué venturoso un mes.

Los juramentos de Clotilde, sus cartas amorosas, sus citas á escondidas de la mamá, sus obstáculos antes y despues de ser vencidos, todo entretuvo la ilusion del amante, y ¡adios Madrid! Diego de Pereda olvidó á sus amigos, abandonó la sociedad, pensó en el matrimonio, cambió el Prado por la Montaña del Príncipe Pio, se hizo egoista de su felicidad, y me decia cuando me encontraba que habia tocado el cielo con las manos, me incitaba á seguir su ejemplo, y me confesaba que era el mas venturoso de los hombres.

Un dia vino á buscarme.

Su rostro estaba pálido, sus ojos húmedos.

Habia llorado, y sufria.

Clotilde se habia levantado con la idea de estrenar un vestido en el Prado, y Diego le habia pedido que eligiese aquella tarde otro paseo.

Ella pesó por un lado el amor que sentia, y por otro el efecto que podia causar con su vestido nuevo. Al pesar ámbas ideas, se probaba por última vez el traje, y un espejo, enemigo de Diego, la convenció de que estaba encantadora.

Con este motivo se decidió á ir al Prado.

Allí encontró otro mundo, del que se habia olvidado con su amor; mundo tan nuevo para ella como su vestido; y las quejas de su amante le parecieron impertinentes, y convino en que la razon estaba de su parte, y le escribió una carta desmintiendo las anteriores, y el lazo de sus almas se rompió, y ella siguió bajando al Prado, y él, que habia llorado porque la amaba, se desesperó, cayendo en el mas doloroso abatimiento.

¿Por qué pondria toda su alma en un juego, en el que únicamente se debe arriesgar lo que se gana, y socorrer con todo al que todo lo pierde jugando?

Pero los hombres aman una vez, y aquella fué la vez de Diego.

. . . . . .

Desde entonces se separó para siempre de Clotilde, y aunque sus penas se aliviaron, nunca pudo olvidarse de ella, para maldecirla y amarla á un mismo tiempo.

—Pero la habrá olvidado ya!

—Y habrá tenido otros amores!

—Y habrá engañado á otras despues!

Poco á poco, bellísimas lectoras.

Oid á Diego.

Sí, es verdad que la amó, y que cuando se ama de veras no se olvida, sus palabras os lo dirán:

—«Era de noche—me decia—la misma hora en que, hace un año, escuché su primer juramento de amor... Los recuerdos me hacian sufrir. La amaba y deseaba odiarla, porque habia destrozado mi corazon con su fria indiferencia. Pero no era posible resistir, y si hubiera clavado un puñal en mi pecho, hubiera muerto bendiciéndola y amándola....

«De pronto llega una carta á mis manos, reconozco la letra, la abro, la devoro... Era de ella... sentia lo mismo que yo, estaba arrepentida, me amaba; nuestras almas, como dos impetuosos torrentes comprimidos por mucho tiempo, habian dominado la fuerza que los detenia, y se iban á lanzar con mas ímpetu, hasta encontrarse y confundirse, remontándose al cielo. Deseaba verme... corrí á su lado... sus ojos conservaban las huellas de las lágrimas... apenas podia hablar; nuestras manos se enlazaron, un purísimo ósculo confundió nuestro aliento. Oh! ¡cuánta felicidad! ¡Bendita... bendita ella!»

—Amaba ó no?

Entre tanto Clotilde—y digo entre tanto porque habreis comprendido, mis queridas lectoras, que Diego me referia el último de sus delirios, vulgo ensueños,—entre tanto Clotilde estaba en el salon del Prado, contenta porque á la luz de los faroles podia dejar admirar su bello rostro, y un vestido de glasé azul y blanco, y un diminuto y atrevido pié; porque detrás tenia á un jóven de hermoso bigote, que le decia palabras amorosas, y porque todos los que pasaban á su lado rendian á su belleza el mas esplendido homenaje.

Y aunque estas bagatelas proporcionaban á Clotilde la mas completa satisfaccion, era una buena muchacha, incapaz de desobedecer á su madre, de negar una limosna, ni de dejar de visitar á un enfermo.

¿Qué os parece el amor de Diego y el amor de Clotilde?

A mí me hace creer lo que antes he sentado como principio: *que el hombre no ama mas que una vez, pero mucho; que las mujeres aman muchas, pero poco.*

(N. DE C.)

SOMBRERO N.º 4.

SOMBRERO N.º 5.

LA NOVICIA DE JERUSALEN.

ESCRITA EN FRANCES POR M. LUIS ENAULT,

Y TRADUCIDA

POR DON J. F. SAENZ DE URRACA.

—Tiene V. razon, me decia sor Emilia, es Aissa muy hermosa, pero aun es mayor su bondad que su belleza.

—¿Se llama Aissa?

—Sí.

—No es cristiano ese nombre.

—Aissa no es cristiana.

—¿Y cómo es que está en el convento?

—Oh! es toda una historia.

—Me la contará V., ¿verdad?

—Sí, pero no aquí...

—Pues dónde?

—En el locutorio.

—Cuándo?

—Esta noche.

—Pues hasta la noche, hermana.

—Hasta la noche, querido peregrino.

I.

Cuando yo vivia en Jerusalen, uno de mis placeres mas gratos era el de ir á conversar frecuentemente con *sor Emilia*, superiora del convento de las *Señoras de San José*.

No sé á qué condicion social pertenecia sor Emilia: no sé si admiraba en ella los dones de la gracia ó los de la naturaleza; pero rara vez he encontrado un juicio mas recto, un sentimiento mas delicado, un tacto mas exquisito. Conoce el mundo como si en él viviese, y le juzga como si nada tuviese que esperar ya de él.

Sor Emilia sabia todo el interés que me inspiraban su convento y los cristianos de Oriente, y algunas veces consentia en perder algunas horas conversando conmigo; decia que mas tarde las recuperaria. Muchas veces asistia yo á las clases de enseñanza; muchas veces, sentado en un rincon de la sala grande, junto á la ventana que domina al sepulcro de Absalon y al valle de Josafá, punto de cita postrero del género humano, miraba á aquellas jóvenes árabes, de mirada á la vez salvaje y dulce, graciosamente torpes, que intentaban coser y aun bordar.

Entre aquellas jóvenes habia una, sobre todo, que llamaba mi atencion. Tenia una belleza de pura raza, y á pesar de su extremada juventud se observaba en ella cierto aspecto de majestad: tal me figuraba yo á Balkyria, la jóven reina de Saba, cuando llegaba del lejano Oriente para saludar al gran Salomon en su gloria; sus cejas, que se alcanzaban una á otra, como sucede con frecuencia en

© Biblioteca Nacional de España

las mujeres árabes, le daban cierto aspecto singular; pero cuando alzaba sus largos párpados, en sus ojos húmedos y negros, como los de las gacelas, habia, por decirlo así, una suavidad que templaba el excesivo brillo de su belleza. Entonces ya no era mas que encantadora. El óvalo prolongado de su rostro y la palidez mate de su tez, sus manos largas y delgadas, un poco curtidas por el aire, algun tanto tostadas por el sol, que las habia mirado sobrado tiempo, todo en ella anunciaba un orígen oriental.

El trage daba aun mayor realce á la persona. Llevaba una chaquetilla azul bordada con flores de plata y abierta en el pecho; un pantalon ancho y flotante bajaba hasta sus piés descalzos, cuyas puntas se ocultaban en unos *terlicks* de tafilete bordado; dos largas trenzas negras se escapaban por debajo de un casquete escarlata puesto de lado y caian hasta mas abajo de la cintura.

Nunca la habia yo dirigido la palabra, pero la miraba con frecuencia.

Un dia sor Emilia le dió una órden delante de mí: respondió á la superiora en un italiano bastante correcto, pero con lentitud y como una persona á quien la lengua no le es familiar, sino que solo encuentra las palabras buscándolas.

Salió. No pude menos de decir que me parecia muy hermosa. Entonces fué cuando sor Emilia me prometió contarme su historia.

Fácilmente se adivinará que fuí muy exacto para acudir á la cita.

Aun no habia concluido la última clase, y aguardé á la superiora hojeando los cuadernos de francés de sus juveniles discípulas. En el extranjero agrada hasta el tartamudeo de la materna lengua. Muy luego un paso leve y el roce de un vestido me advirtieron que la superiora llegaba.

—Ya sabia yo, me dijo, que hoy no se haria V. aguardar. Siéntese V. y escuche, aunque dicen que esto es cosa bastante difícil para los franceses.

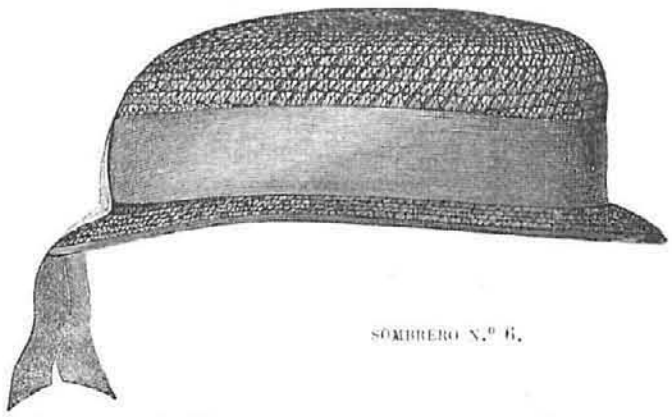
—No cuando V. habla, hermana.

—Eh! caballero, galanterías... en Jerusalen... ¡y á una monja!... Vamos, ya principio, para hacer que usted calle; solo que, mientras hablo, voy á concluir esta camisa. Es para una pobre árabe que aun no es cristiana... Es preciso servirla antes que á las demás.

«Aissa es de Beit-Lehem, continuó diciendo sor Emilia. Beit-Lehem, ya lo sabe V., no tiene la tristeza severa de Jerusalen; es un sitio delicioso en donde todo respira la paz que los ángeles trajeron en otro tiempo á los hombres de buena voluntad. Los cristianos están allí en mayoría, y durante mucho tiempo han vivido en buena inteligencia con los musulmanes; unos adoran á Jesucristo, los otros invocan á Alá, pero en resúmen son bastante tranquilos y buenos vecinos. Aissa no es cristiana, pero las jóvenes de ámbas religiones se tratan gustosas y hablan unas con otras en los campos, al pié de las palmeras ó junto á la fuente. Entre las cristianas todas conocian y querian á Aissa.

«El año pasado hubo disputas entre los labriegos con motivo de unos haces de trigo llevados de un surco á otro en las mismas tierras en que en otro tiempo iba Ruth á espigar en los sembrados de Booz. Aquí, ya lo vé V., el ruido de las cosas mas leves despierta el eco de los recuerdos mas grandiosos. Muy luego se encontró muerto á un hombre en sus tierras, al pié de la torre que cada labriego edifica en medio de su viña, como en los antiguos tiempos.

«Aquel hombre era un árabe de la tribu de Abu-Gosh, que es una de las mas poderosas de toda la Palestina. En cuanto amaneció, se difundió la noticia; hubo gran indignacion en toda la tribu. Acusaron á los del Monte San Juan. Eran las consecuencias de una rivalidad añeja, y se declaró una especie de *vendetta*.



SOMBRERO N.º 6.

«Ya se han batido. Ha habido muchos heridos y algunos muertos. Los dos partidos tienen fuerzas próximamente iguales, solo que ha llegado la época de la recoleccion, y como es preciso vivir, se han concedido mútuamente una tregua para recoger los haces segados. Pero muy pronto comenzarán de nuevo.

«Aissa es huérfana; no ha conocido á sus padres, á quienes perdió siendo muy niña. Ha sido criada y educada por su tio, que es musulman, pero buen hombre en el fondo y bastante amigo de los cristianos. Se ha visto obligado á ir á Nazareth, en donde tiene algunas tierras, y como no queria dejar á su sobrina sola en medio de esas turbulencias, nos la ha traido...»

—¿Y V. la ha recibido?

—Sí por cierto... la pobre muchacha se hubiera hallado sobrado expuesta quedándose sola... Además, nuestra casa es la casa de Dios: está abierta para todos...

—¿Hasta para los musulmanes?

—Jesucristo no vino únicamente para las judías, sino tambien para las samaritanas.

—¿Y no ha intentado usted convertir á Aissa?

—No es precisamente para eso para lo que nos la ha confiado su tio, repuso la superiora con una sonrisa leve. Hemos prometido guardarla aquí durante seis meses sin hablarla de religion; ahora si nos oye y nos vé, si nuestros ejemplos le producen alguna impresion, *no será culpa nuestra*... ¡Dios es el dueño absoluto!

—Sin duda alguna, hermana. ¿Y hasta ahora?...

—Nada todavía! En los primeros meses estuvo sumamente triste; despues se ha mostrado mucho mas serena, casi alegre, casi feliz. Ahora que se acerca la separacion la veo muy turbada... algunas veces sorprendo lágrimas en sus ojos. Ayer, al pasar junto á mi, cogió mis manos y se la llevó á los lábios, diciéndome: *¡Madre mia!* Es la primera vez que me ha dado ese dulce nombre que solo recibo de nuestras huérfanas: hasta ahora me llamaba *sidi* (que en castellano significa *señora*).

—¿Y qué le dijo usted?

—Nada!... Pero yo tambien estaba conmovida, y la estreché entre mis brazos... Es un alma hermosa que quisiera yo darle á Dios, pero, ¿quién sabe la hora y el dia?...

—Quizás haya llegado el momento de decir una palabra.

—Quizás sí! pero esa palabra he prometido no decirla, y no se debe obrar mal ni aun para hacer el bien. La semilla está arrojada: si Dios quiere que fructifique, así sucederá... Pero, váyase usted, caballero, he concluido mi dobladillo y tambien mi historia; son las ocho y vamos á cerrar las puertas.

Al dia siguiente salí de Jerusalen para trasladarme á Jericó y al mar Muerto, en donde me detuve mas de lo que pensaba.

Al volver, mi primera visita fué para sor Emilia.

—¿Y Aissa? le pregunté.

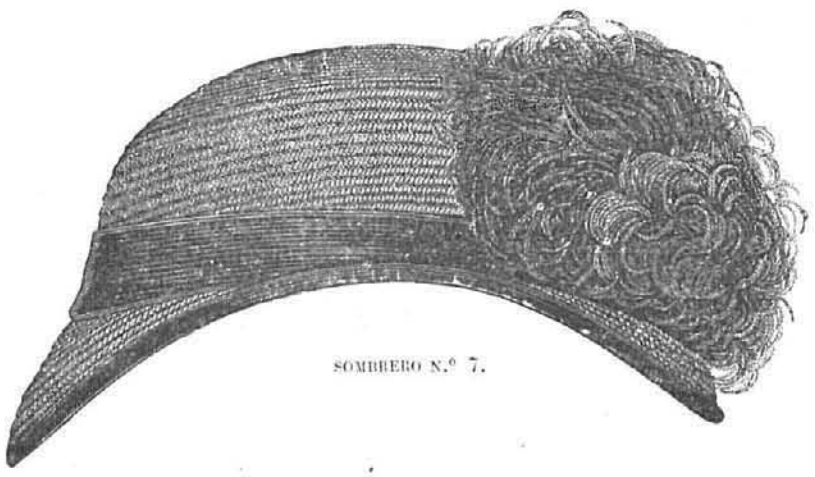
—¡Se ha marchado! respondió.

—¿Se ha marchado? ¿Y aquella hermosa emocion, aquellas lágrimas, aquella mano besada, aquel dulce nombre de madre que daba á usted?

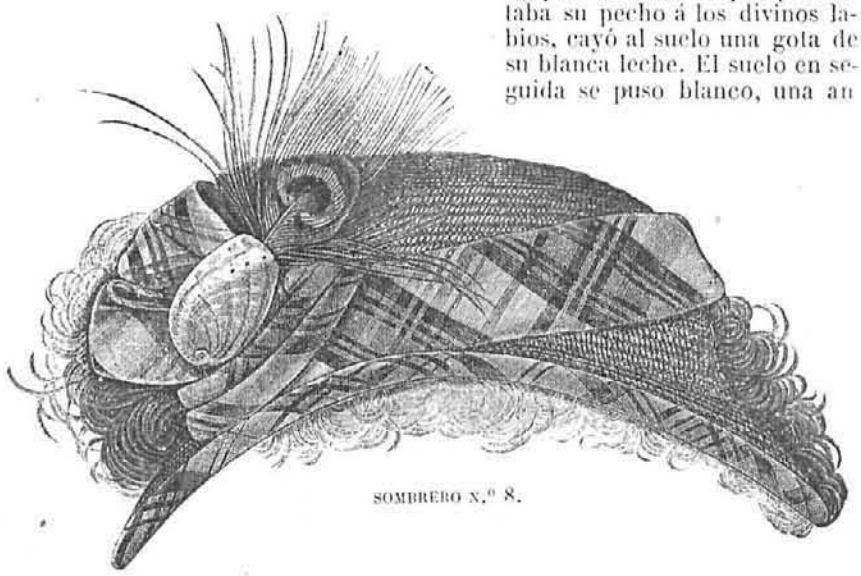
—Se ha marchado, caballero, volvió á decir sor Emilia con esa resignacion de las monjas tan perfecta, que á las veces nos parece que degenera en indiferencia. Pero, si no me equivoco, añadió con voz firme, volverá.

II.

A unos quinientos pasos de Beit-Lehem hay una gruta venerada por todos los creyentes; la llaman la *Gruta de la leche*. ¡Dícese que, durante la persecucion de Herodes y la matanza de los *Inocentes*,—primeras flores del martirio, cosecha de rosas y de lirios que Herodes segó en una sola noche!—la Vírgen se retiró á aquella gruta con el Niño, aguardándo la hora propicia y meditando su huida á Egipto. Un dia en que presentaba su pecho á los divinos labios, cayó al suelo una gota de su blanca leche. El suelo en seguida se puso blanco, una ancha faja brillante surcó la gruta en toda su estension.



SOMBRERO N.º 7.



SOMBRERO N.º 8.

Aquella blancura aun está visible hoy en dia; es la vía láctea del mundo cristiano. Han dejado la gruta en el mismo estado en que se hallaba en otro tiempo. En aquella piedra era donde la Vírgen se sentaba: José, aquel casto y modesto héroe de la abnegacion y del cariño, contemplaba desde aquel sitio el grupo amable confiado á su custodia; aquella bóveda grietada, en la que nuestros ojos siguen los caprichosos festones y las recortaduras de la piedra, es la misma que sostenia sobre las cabezas de sus divinos huéspedes sus artesonados de roca. Todas las mujeres de los alrededores de Beit-Lehem, griegas, católicas, armenias y musulmanas, profesan igual devocion á aquel reducido santuario.

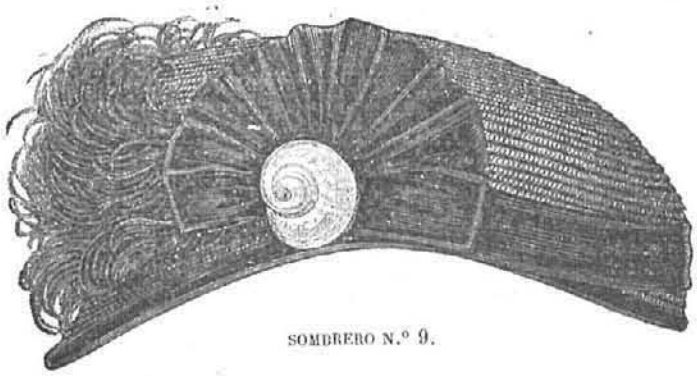
En una hermosa tarde del mes de setiembre, hará ocho años en el momento en que escribo estas líneas, dos mujeres jóvenes, ocultas bajo un largo velo azul, que les caia hasta los piés, se hallaban en la entrada de la gruta. Una de ellas estaba sentada y como abismada en un dolor profundo. Dos lágrimas abultadas corrian á lo largo de sus mejillas.

Era Aissa.

La otra mujer, mucho menos hermosa y de alguna mas edad, estaba de pié en la puerta de la gruta.

Era una amiga de Aissa, llamada Leila.

—Él lo quiere, hija mia, decia Leila. Ha ido á buscar á tu tio... ha rogado, ha amenazado, ha suplicado... todo ha sido inútil... Por fin, ha ofrecido partir este año la cosecha de su



SOMBRERO N.º 9.

© Biblioteca Nacional de España

viña de Hebron... y...

—¡Vamos, acabá, desventurada, y mátame de una vez!

—¡Pues bien, tu tio ha consentido!

—¡Mi tio sí, pero yo no! repuso Aissa echándose atrás el velo y lanzando en torno suyo una mirada de reto, en la cual brillaban toda la energia y toda la salvaje altivez de las grandes razas del desierto. ¡Nunca, nunca!

—Aissa, ¿porqué no me lo dices todo?

—¡Porque lo sabes ya! repuso Aissa ruborizándose y ocultando su cabeza en el pecho de su compañera.

—Y sin embargo, replicó Leila, Yacub es rico.

—Pero es viejo, dijo Aissa haciendo un gesto de disgusto.

—Es poderoso.

—Pero no es bueno.

—Es un *cheikh* (jefe).

—Mas esclava será asi su mujer.

—¿Y la mujer de Ibrahim, qué será?

—¡Una mujer feliz! repuso Aissa con ímpetu.

—No puede negarse que es jóven.

—¡Y valiente!

—Sé que es hermoso...

—¡Y tan bueno! añadió Aissa juntando las manos con apasionado ademan.

—En fin, mas capaz de hacerse amar que el viejo Yacub.

—¡No he dicho eso!

—No, pero lo has pensado.

—¡Excelente Leila!

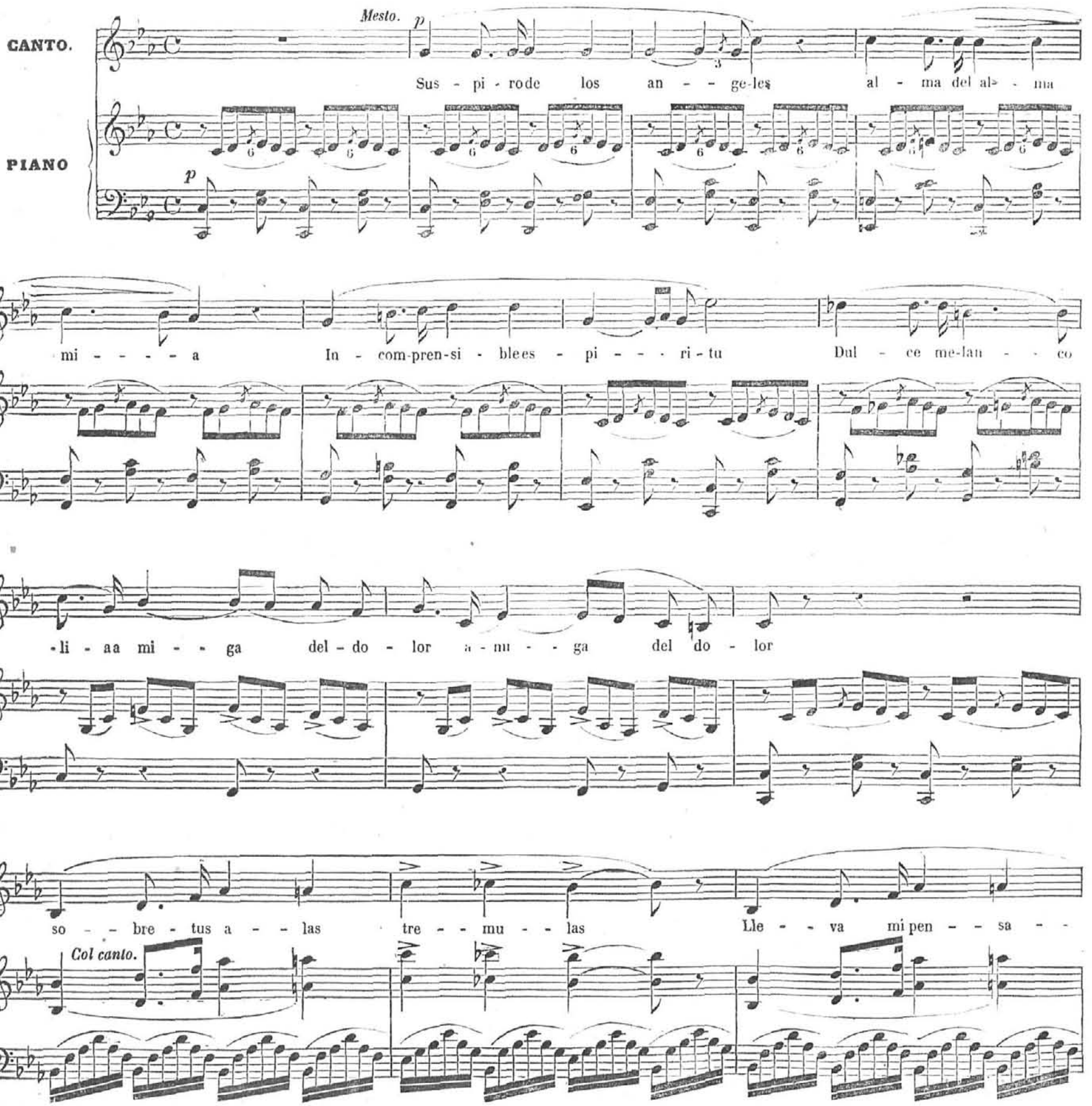
—¡Si, excelente Leila... porque te hablo de él... así son todas las muchachas!

—Vamos, no te enfades, ya sabes cuánto te quiero, dijo Aissa sentándose sobre los talones y apoyando su hermosa cabeza y sus torneados brazos sobre las rodillas de Leila, que se habia acercado á ella.

A la Señorita Doña Felisa del Olmo.

MELANCOLIA.

DOS QUINTILLAS DE SELGAS, PUESTAS EN MÚSICA PARA VOZ DE CONTRALTO POR OSCAR CAMPS Y SOLÈR.



© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué *surate* (talisman) llevas contigo para hechizarnos así? repuso Leila pasando suavemente su mano por las oscuras trenzas de Aissa. ¿Cómo es que todos te quieren tanto?

—Sin duda consiste en que todos son muy buenos...

—¡Al contrario, todos son malos! repuso Leila bruscamente; pero se hace tarde y hay una persona que está contando los minutos de la ausencia: ven!

Las dos jóvenes se levantaron y se encaminaron á Beit-Lehem. Anduvieron largo tiempo silenciosas por un angosto sendero trazado en la blanca arena y guarnecido de cactos, cuya hoja espinosa defiende contra los transeuntes á su flor delicada y perfumada. De pronto, Leila se detuvo al pié de una de esas hermosas palmeras que suelen plantar en el linde de las heredades, y cuyo dorado fruto sonríe entre la oscura hojarasca.

—Dime, preguntó apoyando la mano en el brazo de su compañera, ¿qué hacias allá, en casa de las *madres de la bondad?*

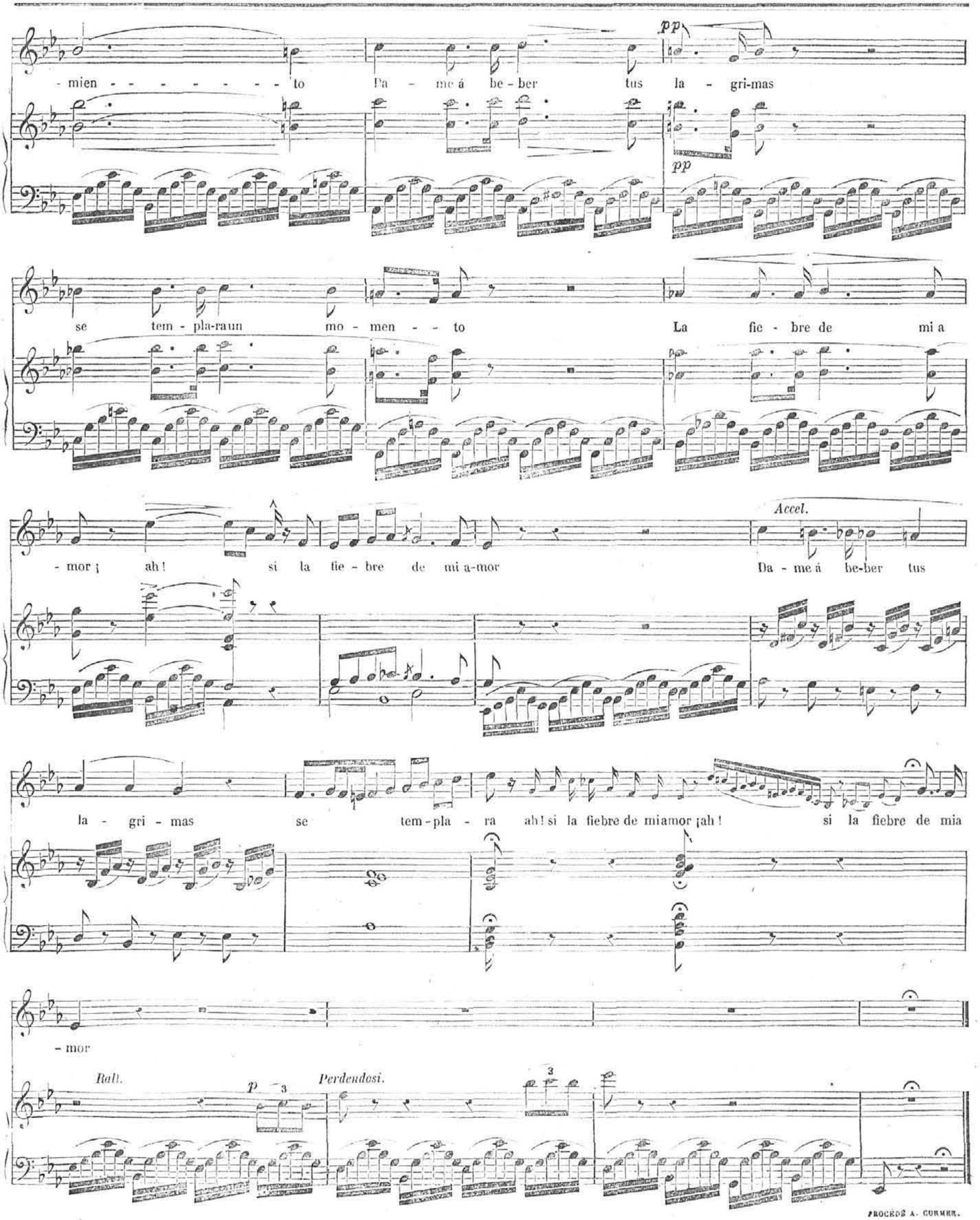
Este es el nombre que á las monjas suelen dar los árabes en su lengua, que siempre habla por medio de imágenes.

Aissa se ruborizó bajo la mirada penetrante de su compañera, y respondió:

—Trabajaba, y he aprendido á oir hablar á los libros (leer).

—Ya! y sabes lo que decian aquí?

—No! ¿qué decian?



PROCÉDÉ A. CURMER.

© Biblioteca Nacional de España

—Que las madres de la bondad iban á conservarte á su lado; que ibas á renunciar á nuestro señor Mohammed y á besar los piés de Iza (Jesucristo).

(*Se continuará.*)

EL GENIO Y LA INOCENCIA.

I.

Acabo de sentir en la casa de mi vecina X... un ruido sordo, repetido, seco.

Tras del ruido ha empezado á llorar un muchacho, y de pronto vuelvo á escuchar el eco de unos cuantos azotes.

Esto quiere decir que un niño se ha caido, y que su madre le regala despues del golpe varias caricias traseras para que tenga cuidado no enrede, y no se caiga otra vez.

¡Vaya una manera de empezar á escribir! exclamarán mis lectores, si yo puedo llamarlos lectores, es decir, si tienen la paciencia de leerme.

Francamente, no encontraba otro principio, y lo primero que escuché al tomar la pluma fué la caida del hijo de mi vecina.

Ya está escrito, y no podemos volvernos atrás.

El título que encabeza estas líneas no se refiere ni al genio de la madre, ni á la inocencia del niño.

En uno de los mas pintorescos lugares que presenta Paris, cerca del bosque de Boulogne, se encontraban una tarde de mayo dos niñas preciosísimas enredando á las orillas de un lago, sueltos al aire los cabellos rubios de la una y los negros de la otra.

Un lago á la caida de la tarde es un espejo de cristal movible y trasparente, donde vienen á retratarse toda la melancolía, toda la pureza, toda la voluptuosidad de las últimas horas del sol.

La naturaleza parece que se queda dormida. Las aves buscan perdidas en los horizontes sus nidos de oro; los céfiros de la noche gimen entre las hojas; las flores tiemblan en sus cálices, exhalan su último perfume, y se cierran sin ruido, de la misma manera que pueden cerrarse los ojos de un niño, vencidos por el sueño. El monte se asemeja á una sombra muy negra que se levanta sobre los prados; las águilas que se ajitan en sus cumbres parecen los genios del crepúsculo, y toda la armonía de ese momento en que muere la luz, es semejante al eco de una oracion.

Las dos niñas contemplaban el magnífico golpe de vista que se presentaba á sus ojos.

Unas veces corrian juguetonas, impulsadas por la locura juvenil de sus primeros años; otras veces abandonadas y libres quedábanse detenidas bajo un árbol cualquiera; se miraban las dos, y las dos callaban como heridas de un mismo sentimiento; muchos instantes reian, luego cantaban, y al verlas despues con los ojos elevados al cielo sin dirijirse una palabra, cualquiera hubiese dicho que lloraban en silencio.

¡Qué hermosas estaban las dos niñas á la caida de la tarde!

¡Feliz el lago que reproducia en su lecho de perlas aquellas dos figuras fantásticas engendradas tal vez por la primavera para encanto de sus vergeles!

¿Quienes serian aquellas dos niñas?

II.

El sol iba empezándose á ocultar tras la magestuosa frente de las montañas.

En uno de los extremos del lago acababan de divisar las dos niñas una cosa negra, que se movia y que no dejaba de llamarles la atencion.

Los primeros años son impacientes y vivos como el relámpago.

Aquellas dos jóvenes estaban solas, eran inocentes, tenian curiosidad... ¿Qué obstáculos les cerraban el camino?

La curiosidad es el primer enemigo de las mujeres y vive con ellas como vive el ruido en el aire, y la sombra detrás del cuerpo.

La cosa negra no dejaba de moverse y Emilia y María, porque así se llamaban las dos ninfas de aquel paraiso, se dirijieron á ella ansiosas de examinarla cerca.

Al tocar en el punto de su fatigosa carrera quedaron sorprendidas ante la escena que contemplaban.

Un inspirado artista, quizá el mejor de nuestros modernos pintores; trasladaba al lienzo con su brillante pincel, la perspectiva que le rodeaba, la muerte del sol, el nacimiento de la luna reflejándose en el lago y las primeras sombras de la noche que se extendian sobre las cañadas y sobre los valles.

La imaginacion del artista, de ese poeta mudo que canta con el pincel y que habla con los colores, en alas de su fantasía, volaba y volaba por las misteriosas regiones donde habitan la inspiracion y el genio.

Estaba tan absorto con su magnífica obra que no se apercibió ni aun de la llegada de las dos niñas.

¡¡Qué cuadro tan arrebatador y tan sublime!! El genio velado por la inocencia y la inocencia velada por Dios, que sonreia en el cielo con el primer rayo de la luna.

El pintor seguia llenando de misterios y de bellezas la vaporosa superficie del lienzo.

Emilia y María no habian podido aun comprender lo que presenciaban. Mas bien que dos niñas parecian dos estátuas, colocadas allí por el pintor para que le recordasen quizá la hermosura de los ángeles.

De pronto María, con una voz parecida á los ecos de un arpa que vibran en el viento, sin saber de dónde brotan dijo á Emilia sin apartar los ojos del cuadro:

—Mírale bien, Emilia, mírale bien, ¡¡pobrecito!! ¡¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!

Emilia volvió entonces á repetir las inocentes palabras de María, y las dos se avergonzaron.

El artista volvió los ojos...

El sol acababa en aquel momento de esconder su último rayo.

III.

El pintor, despues de mirar á las dos niñas ha clavado sus ojos en el cielo.

Les habla, pero no responden.

Un ruiseñor gorjea de pronto extremeciendo con su aleteo las hojas de las acacias.

Indudablemente aquel ruiseñor debe responder por las niñas.

El alumno de Murillo no cesa de mirarlas, y á la par que las mira dibuja en boceto dos figuritas blancas en el fondo del cuadro.

Las dos compañeras sonrien graciosamente; se inclinan ruborizadas ante aquel ser que no conocen y ligeras como las mariposas, desaparecen por las orillas del lago.

El artista las llama, pero no le contestan, ya no puede distinguirlas y no sabe donde se habrán ocultado.

La aparicion incomprensible de aquellas dos hijas de las flores y su misteriosa desaparicion le trasportan á un mundo desconocido que creia su imaginacion delirante..

Embelesado y aturdido encierra los pinceles, recoje los objetos de su precioso estudio y desaparece tambien por el mismo sitio en que desaparecieron las niñas.

IV.

El sueño es una especie de cristal que reproduce nuestros recuerdos, nuestras lágrimas, nuestros placeres, y las imágenes enloquecedoras que se guardan dentro del corazon.

Los que tienen fé en los sueños, bien puede decir que han encontrado dos vidas.

La primera emocion de una sorpresa no se comprende nunca, y sin embargo, el sueño nos la describe muchas veces.

Contemplamos una mujer hermosa, y un secreto impulso del alma nos encadena á su hermosura.

Si soñamos luego con aquella mujer, bien puede decirse aquella mujer es indudablemente la que amamos.

El artista adivinó en sus sueños la figura de Emilia y de María.

Cuando se despertaba el sol, iluminando su gabinete, el pintor clavó desde su lecho los ojos en el cuadro.

Levantóse con toda la rapidez y alegría del que ha concebido un pensamiento celestial, y tomó los pinceles.

Pocos instantes despues, las dos figuritas blancas del paisage estaban revestidas de colores y de belleza, de animacion y de vida, de candor y de melancolía.

A la misma hora de la tarde anterior, junto al lago del bosque, se divisaban al cuadro, á el artista y á las dos niñas delante de él.

Las dos se miraron de pronto como preguntándose algo.

¿Qué tenia aquel lienzo para ellas?

En aquel lienzo María conoció á Emilia, y Emilia conoció á María.

¡¡Las dos se conocieron y las dos se abrazaron!!

El pintor, al sorprender arrebatado las emociones de aquellos dos ángeles, comprendió entonces el mérito de su obra.

El genio cobijado por la inocencia se remonta siempre á la esfera de lo sublime.

Aquel cuadro encumbró mas y mas al buen nombre del pintor, quien no dejaba de recordar las misteriosas palabras de María:

«¡¡Pobrecito!! ¡¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!»

Las dos niñas volvieron á desaparecer aquella tarde, y el pintor no ha podido encontrarlas mas por aquellos deliciosos vergeles.

¿Si serian dos ángeles que bajaron de las alturas para dejar en la tierra un recuerdo del cielo?

El artista era Gisbert, el eminente autor de el cuadro de los Comuneros y doña María de Molina.

A. F. Grilo.

CAMINO DEL PARAISO.

BALADA FRANCESA.

¿Dónde vá la pobre niña
Triste, sola, y sin abrigo,
Cruzando desiertas calles
Y campos ayer floridos?
De un hospital á la puerta
Llega con paso tranquilo,
Y ¡madre! exclama, lanzando
Del corazon un suspiro.
—¡Márchate! la dice un hombre
Con voz y ademan altivos,
Calla con tus vanos ruegos,
Déjame en paz con tus gritos.
Pero la niña inocente
Sin moverse de aquel sitio:
—¡Madre! llorando repite,
Hace un mes que no te he visto!
—¡Infeliz! murmura un viejo
Por sus lágrimas movido,
En vano á tu madre llamas
Del dolor en el asilo,
Tu madre salió hace poco
Camino del Paraiso.

—

Parte la niña, y pregunta
—Cuál es por allí el camino
Que lleva su pobre madre
Como el anciano le dijo.
Todos la escuchan llorosos
Y la contestan benignos:
—Largo es el viaje, y la senda
Está llena de peligros.
Pero la niña no cede
Y en alas de su cariño,
Sigue en pos de su esperanza
Con la fe del peregrino.
La caridad la socorre,
Valor le presta el delirio,
Y por eso vá serena
Dando su duelo al olvido,
Que espera hallar á su madre
Camino del Paraiso.

—

Una noche ¡pobre niña!
Rendida de hambre y de frio,
Cayó en un espeso monte
A un monasterio vecino.
Un pastor á la alborada
La halló dormida entre riscos,
Y al monasterio en sus brazos
La llevó caritativo.
Mas ¡ay! en vano las vírgenes
Se afanan por darle auxilio;
Sus mejillas palidecen,
Sus ojos no tienen brillo,
Su corazon ya no late,
Sus labios están marchitos:
Ver su madre deseaba
Y Dios se lo ha concedido:
¡Allá vá en brazos de un ángel
Camino del Paraiso!

Manuel del Palacio.

TRISTEZA.

SONETO.

Dentro de mí te escondes enemiga
Y mi aliento emponzoñas con tu aliento,
Tú conviertes en pena mi contento,
Y mi reposo cambias en fatiga.

Cual madre que rencor tan solo abriga
Nutres mi corazon de sentimiento,
Pero mi voluntad vence á tu intento
Y tu constancia mi dolor mitiga.

Cruel eres conmigo, y yo te amo;
Soy de tí tan celoso que quisiera
Del mundo á las miradas esconderte.

Cuando de mí te ausentas yo te llamo;
Sin tí mi vida el ocio consumiera;
Por tí pienso en la gloria y en la muerte.

Manuel del Palacio.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—¡Ah! ya tropiezo con algo; un reló sin duda, pero está unido á una cadena que no quiere ceder.

Por el esfuerzo que hizo para romper la cadena pasada al cuello del infeliz, el cadáver levantó el brazo por un movimiento convulsivo, y Ko retrocedió tres pasos.

—¡Vive, vive! exclamó Bella con trasporte.

Y se arrodilló junto á aquel cuerpo inerte, pronunciando palabras de cariño y compasion.

—Quitad, Bella, repuso Ko; ya veis que no hay esperanza. Era sin duda la última convulsion: no mancheis inútilmente vuestro pañuelo por limpiar su rostro. Id á la playa y decid á los pescadores que han asesinado á un hombre, que vengan: yo me quedaré aquí entre tanto.

—¡Agua, agua: murmuraba la jóven.

—Agua... ¿para qué? No ha de resucitar porque le laveis el rostro.

La jóven fijó en él una mirada de indignacion y dijo:

—¿No teneis alma? Id á buscar agua y no riais así; ¡me dais horror!

Habia en el acento de la jóven tal imperio, y en su mirada tanta energía, que Ko se dispuso á obedecerla.

—Allí, prosiguió la jóven, detrás de esa duna mas elevada teneis un lago... ¡corred, corred!

—¿Pero dónde quereis que la traiga?

© Biblioteca Nacional de España

—En el sombrero; ya debiais estar de vuelta.

El vagabundo se dirijió al sitio designado, pero con tal lentitud, que la jóven se consumia de impaciencia.

Mientras la ausencia de Ko, el pecho del herido se levantó con un gemido prolongado.

Bella levantó al cielo los ojos con gratitud.

—¡Ya voy! exclamaba lejos Ko. Ya llevo el agua que será inútil.

—¡Corred, corred! gritó la jóven; ¡respira, vive!

Y como si esta nueva no agradase al poco complaciente Jacob, fué acortando visiblemente el paso.

Bella entonces corrió al encuentro de Ko, le arrancó el sombrero de las manos, volvió junto al cuerpo inanimado y lavó con su mismo pañuelo empapado en agua el rostro del herido.

—Bah, todo es en vano: que muera ahora ó que muera dentro de un rato, todo es morir. Tocad sobre su pecho á ver si encontrais una cadena... quizá es de oro.

—Pero la jóven, completamente absorta en su obra de caridad, no escuchó tan terribles palabras.

Ko examinó entonces el rostro del herido y exclamó:

—Y debia ser muy jóven; en vida fué sin duda un lucido mancebo que no debia trabajar porque sus manos están blancas como las de una dama.

—¡Ah! respira, vuelve á la vida! dijo Bella.

En efecto, el herido hizo algun movimiento y fué respirando, aunque con dificultad. Despues de una inmovilidad de corta duracion abrió sus párpados, miró en torno suyo con asombro, y murmuró algunas palabras incomprensibles.

—¿Qué dice? preguntó la jóven; escuchadle Ko, yo no le entiendo.

—¡Calle! pues si es un francés, refunfuñó Ko. Si yo estuviera en vuestro lugar, no me cuidaria mas de él.

—¡No se os puede oir! exclamó Bella con indignacion; francés ó aleman, ¿no son todos los hombres hermanos en el mundo? ¿Vos tambien no sois francés?

—Yo no sé á punto fijo de donde soy.

—Pero ¿qué dice este infeliz? ¿No entendeis vos el francés?

—No dice mas que asesinos y cadalso. Se habrá escapado de la guillotina, y á fe que no ha ganado gran cosa.

—¡Huid, huid! murmuraba el herido con ronco acento, ¡padre, están ahí!

—Ahora habla aleman, dijo Bella con interés; y el pobre se conoce que aun tiene padre.

Y este solo pensamiento arrancó á la jóven abundante llanto.

De repente secó sus ojos y dijo á Jacob:

—Ese hombre no puede quedarse aquí; es preciso llevarle á casa.

—¿Creeis, sin duda, que voy yo á cargar con él? repuso Ko mal humorado.

—No tal; le colocaremos sobre el asno y le sostendremos en equilibrio, vos por un lado y yo por otro.

—Y vuestro padre, Bella, ¿creeis que recibirá á un extranjero?

—Mi padre no es tan despiadado como vos. ¡Ah! yo no sabia que teniais tan poco amor al prójimo. Venid, ayudadme, y si no quereis, yo trataré de hacer sola lo que mi corazon me inspire.

—No por cierto, estoy pronto.

Y al decir esto se acercó á tomar la cabeza del herido, llevando involuntariamente su mano hácia el objeto que habia despertado su curiosidad.

—Acabemos, replicó Bella. Respetad la desgracia de este hombre, si no quereis hacerme creer que sois capaz de tomar lo que no os pertenece.

—Yo tomar lo que perteneciera á uno que vive aun, repuso Jacob levantando fieramente la cabeza. Antes me cortaria los dedos con mis propios dientes.

La jóven habia cojido el cuerpo con sus brazos levantándole casi totalmente de tierra. Ko notó con sorpresa que la jóven tenia fuerza para soportar tan pesada carga, y tomando entonces al jóven por las piernas, le colocaron sobre el cuadrúpedo exclamando Bella:

—Ahora iremos muy despacio.

El herido estaba sentado sobre el asno con su cabeza caida sobre el pecho; pero sus ojos estaban abiertos, y en su mirada fija en el espacio como la de un insensato, se pintaba una expresion de terror; era evidente que no habia recobrado el conocimiento, ni sabia lo que le pasaba, porque sus labios se movian con rapidez pronunciando frases incomprensibles la mayor parte.

Ko escuchaba: algunas palabras del herido habian llamado tanto su atencion, que caminaba al lado de él sosteniéndole al parecer, pero en realidad aplicando el oido lo mas cerca posible á su boca para sorprender su secreto; su trabajo fué inútil: el herido hablaba de cadalso y de su hermana; pero sus frases carecian de hilacion, siendo imposible penetrar el sentido de ellas.

Cuando él se interrumpia, Bella le dirijia las palabras mas tiernas que podia inspirar la caridad. Le aseguraba una pronta curacion, y le hablaba de su padre cuya bondad tendria ocasion de conocer en breve.

Diferentes veces Ko habia tratado de reanudar la conversacion interrumpida por aquel encuentro. Persuadido de que este era el medio mejor de conquistar á la jóven, hablaba con énfasis de su dinero, de los trajes que tendria y de las comodidades de la vida; pero Bella, que la irritaban planes tan lisonjeros en momento tan triste, no se cuidaba de responderle.

El triste cortejo avanzaba lentamente, y mostrándose algo mas servicial Ko, llegaron sin interrupcion alguna ante la casa del viejo Stock.

—Ayudadme ahora, Ko, dijo Bella tratando de desmontar al herido.

—¡Eh, padre Stock! exclamó gritando Jacob, no os asusteis, os traemos un hombre que se muere.

—Mi padre no está en casa, dijo la jóven sosteniendo con ayuda de Ko al herido; iré á buscarle en casa de mi tia en cuanto hayamos colocado á este infeliz en la cama.

—¡Qué tontería! ¿En la cama un cuerpo ensangrentado?... bonita se pondrá toda la ropa.

—Ya la lavaré.

—¿Y vais á dejarle vuestro propio lecho, Bella?

—Ya veis que no es justo echar á mi padre del suyo.

—¿Y vos, Bella, y vos?

—Yo... ya veremos. Allí está el tablado en que dormia el tio Luis antes de marcharse. Así, poquito á poco. Ahora dejad descansar la cabeza en la almohada... ¡pobrecillo! parece que sourie con gratitud.

—No, se rie como un insensato. Estad cierta que no hace mas que divagar en la agonía: ó mucho me equivoco, ó no vive mas de una hora.

—Ahora corro á casa de mi tia Clara, interrumpió la jóven; quedaos aquí junto al enfermo: ¿os quedais, no es verdad? y si pide de beber, allí teneis el cántaro.

Ya iba á salir de casa, cuando dirijiendo una última mirada al herido, vió á Jacob inclinado de nuevo sobre su pecho. Lanzó un grito comprimido y se detuvo.

—¡Calle! repuso Ko, ¡qué! ¿no vais?

—He pensado... he pensado que vos debiais ir á llamar á mi padre; el estado de este infeliz me inspira tal interés, que no me atrevo á separarme de él un instante.

—Cualquiera diria que temeis que yo le haga algun mal.

—No; pero los hombres sois menos compasivos, y no sabeis cuidar á los enfermos. Id, Ko, no me negueis este favor; os quedaré eternamente reconocida, y mas adelante trataré tambien de complaceros.

—Hé ahí el medio de que no se os rehuse nada, repuso Ko frotándose las manos. Espero, Bella, que recordareis esa promesa en tiempo oportuno.

Y salió rápidamente, mientras la jóven, sentada junto al lecho del herido, contemplaba á este con interés: tomó su mano, le dirijió frases de consuelo, y despues acercó una taza de agua á sus labios. El enfermo debia estar acometido de sed devoradora, porque bebió con ansiedad el agua que acercaron á sus labios.

—¡Basta, basta! amigo mio, repuso Bella al ver que él queria seguir bebiendo. Dentro de un rato os volveré á dar; ahora descansad, aguardad que venga mi padre, y se irá á buscar un médico. Todos rogaremos á Dios que os devuelva la salud. ¿Porqué me mirais así? ¿qué quereis decirme?

Bella habia dejado caer de nuevo la cabeza del herido sobre las almohadas, y quizá la impresion de frio del agua le habia hecho recobrar el conocimiento, porque consideraba á la jóven con mirada inteligente y una sonrisa llena de gratitud y dulzura. La jóven estaba de pié á su lado, trémula, conmovida, y como si no pudiera soportar el fulgor de aquella mirada, inclinaba la cabeza mientras su espíritu se elevaba al cielo en accion de súplica. Pero por desgracia su pensamiento no se realizó: el herido dejó escapar un profundo suspiro, sus labios volvieron á balbucear frases confusas, y sus ojos recobraron de nuevo su mirada cristalizada.

Algunas lágrimas asomaron á los ojos de la jóven, que cruzando sus manos, comenzó á orar. En breve escuchó fuera la voz de su tia Clara, y bajó los escalones que la separaban de la primera pieza para correr al encuentro de su padre. Sin fijar su atencion en las preguntas de su tia ni en los frios reproches del corredor de playa, tomó el brazo del anciano y conduciéndole á la cabaña, dijo:

—Padre, venid, venid! Ya os habrá dicho Ko que hemos encontrado un infeliz casi muerto entre las dunas: le he colocado en mi lecho. ¡Ah, si Dios permitiese que curase!

—Bella, Bella, refunfuñó la anciana: introducir en casa un extranjero, un francés, un republicano acaso.

—Es un hombre, tia, y esto basta, replicó la jóven con candor; ¿no es verdad, padre, que todo lo que puede agradar á Dios está bien hecho?

El ciego abrazó á su hija y repuso:

—Deja hablar á la tia, hija mia; lee esta noche el Nuevo Testamento, y verás como el mismo Salvador te manda hacer lo que has hecho.

—Venid, padre, dijo la jóven conduciendo al anciano á su cuarto: es un jóven de fisonomía tan dulce... dadle vuestra bendicion, padre mio, y Dios tendrá piedad de él.

La tia Clara contempló un instante las facciones del herido, y despues sus ojos se llenaron de lágrimas, y casi sollozando murmuró:

—¡Pobre jóven! pronto, pronto á Furnes á buscar un médico. ¡Ah! si yo pudiera correr como en otro tiempo... Ko, vos teneis buenas piernas; corred á Furnes, yo os lo ruego, traed un médico y os lo agradeceré, y Dios os lo recompensará.

—¡Correr! ¡Es casi á una legua de aquí! pues no faltaba mas... en fin, haré lo que pueda; pero tened entendido, señora Clara, que yo he descubierto á ese hombre al mismo tiempo que Bella, y que si llega á morir y queda algo para los que le han recojido, me corresponde la mitad.

—¡Oh, cuánta dilacion! exclamó Bella echando un pañuelo sobre sus hombros. Yo misma iré, no ha de faltarme la fuerza para ir á Furnes; que Ko venda los langostinos por mí; y en cuanto á vos, querida tia, cuidad á ese infeliz hasta mi vuelta. ¡Hasta luego, hasta luego!

Y al terminar estas palabras partió como un rayo dirijiéndose por montes y valles en direccion de Adinkerke.

III.

Habrian pasado dos horas apenas, y ya Bella regresaba por las dunas en compañía de un médico.

Era este hombre de alguna edad, y cuyo rostro digno y tranquilo respiraba bondad.

—¿Cómo vá el enfermo? preguntó Bella á su tia, á quien apercibia en la puerta de la cabaña.

—Ni peor ni mejor, replicó la anciana. La única novedad es que delira.

—Hé aquí á M. Darings, el médico; ¡pasad, señor!

El médico siguió á ambas hasta la estancia donde reposaba el herido. Empezó á examinar á este, y mientras duró el reconocimiento, la jóven seguia con ansiedad todas las impresiones de su rostro. El médico, por fin, se volvió á ella y repuso:

—Salid de aquí, hija mia; vuestro corazon es demasiado sensible, y además vuestra presencia nos estorbaria.

—Me iré, señor... pero decidme al menos algo que me consuele. Bien conozco su gravedad; pero ¿no habrá esperanza de salvarle?

—No puedo afirmar nada aun, hija mia; bajad al lado de vuestro padre: vuestra tia me ayudará.

Bella bajó con desaliento sentándose al lado del anciano.

—¿Qué hay de nuevo, Bella? repuso este.

—¡Ah! ¡nada todavía! pero el médico movia tristemente la cabeza. Si ese pobre hombre muriese, ¡qué terrible desgracia! ¿no es verdad?

—Cierto, cierto; sin embargo, si Dios ha dispuesto de su vida...

—¡No, padre mio, no hableis así! M. Darings es un hombre muy hábil y le salvará.

—Bella, ¿porqué esa voz tan conmovida? ¿lloras? dijo el anciano con aire de reconvencion. Ese hombre es muy desgraciado, y llenaremos con él los deberes de cristianos; pero en todo hay límite, hija mia, y ni aun la compasion debe exajerarse.

—Teneis razon, padre; pero como he sido yo quien le ha encontrado moribundo...

—Ko le ha encontrado tambien.

—¿Y qué importa, si ese hombre no tiene corazon? Sin mí, ese infeliz hubiera perecido; si cura, yo habré salvado la vida de un hombre; ¿no comprendeis, padre, que esta idea debe conmoverme?

—Sí, hija mia.

—Además, en su delirio llama á su padre, un padre anciano... ¡me horrorizo á la idea de la desesperacion que tendrá ese infeliz si sucumbe aquí su hijo!

—Calla, calla, Bella; ¡me haces temblar! Sé razonable; si fueras tú á caer mala tambien...

—No temais por mí, padre; recordad aquellas palabras que dicen: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

—Dices bien; así habló el Señor.

Y hubo un momento de silencio. La jóven, que escuchaba con ansiedad, oyó algunos gemidos dolorosos: sin duda el médico sondaba la herida.

—Hablemos, murmuró el anciano: esto nos distraerá: dice la tia Clara que es un jóven... ¿qué edad crees tú que tenga, hija mia?

—Unos veinte y cinco años.

—Y añade que lleva lienzo fino y vestidos buenos; sin duda es un hombre rico, y segun dice tu tia sus facciones respiran un aire de nobleza como si perteneciera á una casa ilustre.

—Cierto, padre mio; si lo viérais no podriais menos de conmoveros.

—Mientras tú has ido á buscar al médico, he querido escuchar lo que decia en su delirio: nombra repetidas veces el cadalso, habla de su padre y de su hermana, y los llama con inquietud, como si quisiera preservarlos de un gran peligro.

—¡Cuánto se detiene el médico! repuso la jóven sin prestar atencion á las últimas palabras de su padre. ¡Ah!.. ¡por fin! Hé aquí á M. Darings, añadió Bella corriendo al encuentro del médico. Y bien, señor, ¿no hay esperanza?

El doctor, tomando la mano de la jóven, dijo:

—Vuestra compasion es un sentimiento digno y cristiano, pero vuestro pecho me hace creer que en vez de un enfermo voy á tener que asistir á dos. Es preciso que trateis de reponeros, tanto mas que he encontrado al enfermo menos grave de lo que al pronto me pareció.

—¡Bendito sea Dios!... murmuró la jóven elevando al cielo sus ojos.

Sus heridas, porque tiene varias, no son profundas, y el cráneo ha sufrido poco; su brazo izquierdo está fracturado; pero eso no es difícil de curar; es cuestion de tiempo.

—¡Ah, padre mio! ¡no morirá, no morirá! dijo la jóven con acento delirante.

—No podemos cantar victoria todavía, interrumpió la anciana que entraba con un lio de trapos y vendas; aun no ha pasado el peligro.

—En efecto, repuso el médico; el herido tiene fiebre y cae con frecuencia en el delirio. Si solo una grande impresion ha trastornado sus sentidos, estamos bien, porque sus heridas no son peligrosas; pero si el delirio es efecto de golpes recibidos en la cabeza, su estado puede ser comprometido... por eso necesitamos algunos dias de observacion. ¿Palideceis de nuevo? vamos, hija mia, una jóven como vos debe tener imperio sobre sí misma.

Y disponiéndose á partir, prosiguió.

—Adios, amigos mios; he dejado mis instrucciones á esa buena mujer; si su ajitacion aumenta, hareis beber

© Biblioteca Nacional de España

al herido unas gotas de ese frasquito mezcladas en un vaso de agua, y la fiebre se calmará. Yo volveré mañana; pero si su estado se agravase enviadme á buscar. Ahora me pasaré á decir al cura de Adinkerke que venga á ver al herido, y entre tanto, no os recomiendo mas que silencio; quietud es lo principal que necesita.

Y cuando ya estaba casi en la puerta, como si le ocurriera una idea repentina, volvióse al anciano, tomó su mano y le dijo:

—¿Vos sois el dueño de esta casa? quisiera deciros algunas palabras á vos solo: ¿quereis acompañarme hasta la puerta?

Bella y la tia Clara miraron al médico con sorpresa y terror. Esta conversacion secreta les parecia un triste presagio.

Fuera de la casa ya el doctor y el ciego, dijo el primero al segundo:

—Vais á tener en vuestra casa durante algunos dias, durante algunas semanas quizás, á un desgraciado: ¿consentis de buen grado en ello?

—Que permanezca todo el tiempo que necesite, repuso el padre Stock. Si Dios permite que cure, nos creeremos harto recompensados por nuestra buena accion.

—No lo dudo, replicó el doctor, pero vos sabeis sin duda cómo están los negocios en Francia, y sobre todo en la Flandes francesa. Allí son perseguidos los realistas y los nobles en general: ignoramos quién es el desgraciado que está en esa cama: tan pronto habla francés como aleman; así pues, debemos creer es de la frontera, quizá un hombre que se ha sustraido á persecuciones de la república, y que si supiera dónde se oculta no lo pasaria bien. Creo que obrareis prudentemente hablando lo menos posible de este suceso: entre tanto que él recobra la razon, recomendad á todos el mismo silencio, y yo por mi parte se lo encargaré al señor cura.

—Decis bien, señor; se hará como vos decís.

—Hasta mañana, amigo mio.

—Dios os guarde, señor.

—¡Padre, padre! ¿qué os ha dicho M. Darings? preguntó Bella con inquietud.

—Vuestra conversacion nos ha hecho temblar, replicó la tia Clara.

—Os alarmais sin motivo: no queria hablarme de la enfermedad de nuestro jóven. Su única intencion era convencerme de que no debiamos hablar á nadie de este triste suceso hasta que sepamos quién es ese extranjero: los tiempos son peligrosos; hay personas que solo salvan su vida escondiéndose; pudiera ser nuestro herido uno de ellos.

—¡Oh! sí, sí: ¿lo oís, tia mia? no hableis nada de ello á nuestros vecinos.

—No parece sino que yo soy una charlatana, replicó enojada la anciana.

(*Se continuará.*)

ALGO ACERCA DE LOS PERROS.

Las medidas exterminadoras que recientemente, como otras veces, se han dictado y aun llevado á cabo contra la raza canina, han traido á nuestra memoria cierta polémica entablada no ha mucho en algunos periódicos de Madrid respecto á este punto. Por ella se ve que los perros, no porque sean tales, han dejado de tener allí ardientes defensores, los cuales, si no han combatido en su esencia las disposiciones precautorias que la prudencia en este caso aconseja, han levantado su voz contra la manera, segun ellos un tanto brusca, repugnante, y sobre todo esto ineficaz, con que las tales medidas se ejecutan.

Ahora bien, siendo tan general la aficion á los expresados animales, y tan vivo el afecto que suelen llegar á profesarles los que los poseen, parécenos que el asunto no será completamente ageno de interés, y que de él acaso pueda brotar alguna idea conveniente, y por tanto aceptable, que concilie el rigor, en algunos casos forzoso, con otras consideraciones atendibles.

Principiarémos por trasladar aquí, por via de proemio, algunos trozos publicados en un periódico de Madrid en elogio del perro:

«Que el perro es uno de los animales mas inteligentes de todos los que pueblan la superficie de la tierra, cosa es que nadie hasta ahora ha pretendido poner en duda. ¿Quién no recuerda efectivamente las heróicas hazañas del famoso Rob, del célebre perro de los bomberos de Lóndres, que tan buenos servicios prestó siempre á esta excelente compañia, y que hace poco murió en el ejercicio de sus funciones, aplastado por las ruedas de una bomba que iba á extinguir un incendio? Pues el perro Rob, como todo el mundo sabe porque es cosa de ayer, corria delante de las bombas aullando como un desesperado para poner espedito el camino tan luego como oia tocar á fuego; el perro Rob subia por las escalas de los bomberos, penetraba en los pisos por balcones y ventanas, y salvaba á otros perros y gatos, y en algunas ocasiones á criaturas; el perro Rob sabia manejar una bomba tan bien como un bombero, y en una palabra, hizo proezas durante algunos años, mereciendo ser premiado con una honorífica medalla, en la cual se leia esta inscripcion: «No me detengais, dejadme correr; soy Rob, el perro de los bomberos de Lóndres.»

Despues de referir algunos otros rasgos tomados de historias de los perros célebres, continúa de este modo el articulista:

«Una prueba de que el perro ha sido considerado siempre como inofensivo, es que antiguamente se dictaban muchas sentencias contra toda clase de animales, y ninguna se dictó sin embargo contra los perros.»

Aquí se reseñan algunas de estas sentencias ejecutadas, como la de la pena de muerte en horca contra varios marranos y un toro que se habian propasado á gravísimos excesos, y la de ser quemado vivo un gallo en Basilea en 1794, por el crímen de haber puesto un huevo. Y sigue diciendo:

«Hoy! sin embargo, ha cambiado por completo la decoracion, y no hay animal mas ofensivo que el perro, si se atiende á las medidas que contra él se dictan, al paso que nada se ordena contra las vacas que van sueltas por las calles, y que en mas de una ocasion han proporcionado sustos á las señoras, roturas de piernas á los ancianos, y diversion inocente á los mocitos.»

«Los caballos y coches pueden galopar á su placer por calles y paseos atropellando á todo el que encuentran por delante, las monas pueden andar por los balcones arañando á los niños, como está sucediendo diariamente; las burras de leche pueden ir tambien por las aceras repartiendo coces al público que tiene la poca galantería de no cederles el paso. Todo esto no es nada comparado con un perro aunque lleve bozal. Los perros, los perros son los malos; los perros todos tienen rabia, y es preciso exterminarlos.»

Sienta en seguida el autor una proposicion, que en nuestro concepto tiene mucho de verdadera, y es que los perros callejeros, á quienes con mayor razon se proscribe, y contra los cuales muy especialmente se dictan las medidas de esterminio, son por lo comun los que mejor escapan, porque su instinto, mas seguro que el de los perros domésticos, los libra frecuentemente de los efectos de la estricnina. Nosotros á este propósito recordamos que hubo una época en la que en Cádiz se mataba á los perros á palos, á cuyo efecto salian de noche por las calles cuadrillas de presidiarios armados de garrotes. Pues bien, entonces se observó que todos los perros callejeros, no bien comenzaba á anochecer, se salian á bandadas fuera de puertas, volviendo á entrar en la ciudad á la mañana siguiente. Ahora bien ¿cómo sabian que la matanza se hacia solo de noche? ¿Cómo tomaban tan acertadas precauciones para evitar el ser víctimas de las iras de los presidiarios?

Creemos que esta fué una de las consideraciones que se tuvieron presentes para renunciar á aquel género de matanza, y buscar el actual de la pelotilla, la cual ofrece otros inconvenientes, como es lo repugnante y asqueroso del espectáculo que presenta un perro ajitándose con horribles convulsiones en medio de las calles, hasta que allí muere. Fuera de que es muy posible, y aun fácil, el que aquel amasijo que se arroja sea comido por otros animales, y hasta por criaturas de tierna edad.

El articulista, con el fin de indicar un medio que armonice los miramientos que se deben al público y á los dueños de los perros, con lo que exije una prudente, y por tanto loable precaucion, refiere lo que en este punto se hace en Florencia, y es como sigue:

Los dependientes de policía arrojan un lazo á cuantos perros encuentran en la calle sin bozal; una vez enredados en él, les ponen un collar, cuidando de no hacerles daño alguno, y así son conducido á un depósito destinado al efecto, á donde pueden acudir á reclamarlos sus dueños, siempre que sea antes de las 48 horas de haberlos perdido.

Al entregar cada perro reclamado, tiene su amo que satisfacer una multa y cierta cantidad por manutencion, cuya multa crece á cada reincidencia; pero solo hasta la cuarta, puesto que entonces ya no se oye reclamacion y el animal muere por la estricnina. De este modo, castigando los descuidos del dueño, se le obliga á que cumpla el bando, pero no se le priva de su perro sino en un caso extremo.

Véase pues un medio que en nuestro entender, pudiera conciliarlo todo.

Francisco Flores Arenas.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de muselina blanca.—Lo bajo de la enagua vá guarnecido con dos entredoses de guipur blanco, cada uno de 3 centímetros de ancho, separados por un espacio igual á este; el corpiño es montante, enteramente plegado á pliegues de arriba abajo: un guipur estrecho, ligeramente sostenido, guarnece el escote; las mangas, poco anchas, son largas, casi ajustadas al puño, y guarnecidas por un manguito. Sobre el corpiño del trage blanco se ha puesto un coselete de tafetan cereza, con punta por delante y faldeta cuadrada por detrás: está enteramente guarnecido por dos guipures negros estrechos, puestos pié con pié: los lazos de los hombros se hacen de cinta estrecha cereza, llevando por cada lado un guipur negro. Sombrero redondo de paja de Italia, con una pluma grande negra y otra pequeña encarnada.

Trage de tafetan lila.—El borde de la enagua está recortado en puntas redondas, guarnecidas con un vivo de tafetan negro, y adornadas con un bordado de trencilla negra: debajo de estas puntas vá un volante encañonado. El trage es de forma *Gabriela*. Paletot de tul negro de felpilla, con un ancho encage de Chantilly. Sombrero blanco de paja de capricho, con *glicinas* lila.

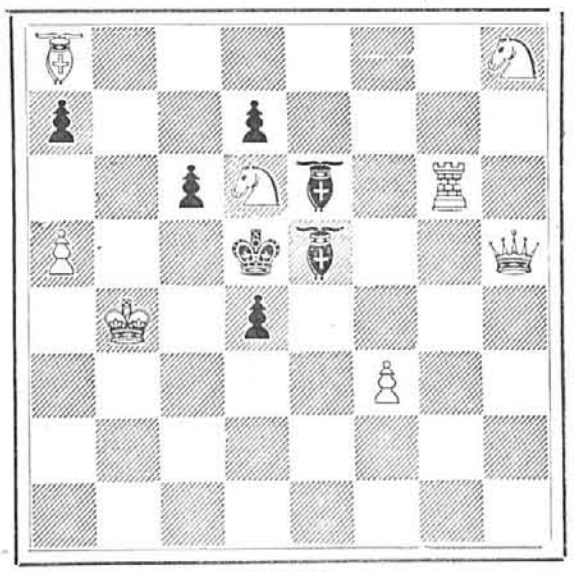
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N. 3, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

	Blancas.	*Negras.*
1.ª	T. 3.ª Cab. R. jaque.	T. cubre.
2.ª	T. quita T. jaque.	R.ª quita T. (la mejor.)
3.ª	T. de 6.ª A.R. á 6.ª A.R.ª jaque.	A. quita T.
4.ª	Alfil mate.	

PROBLEMA N.º 16, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

ADVERTENCIA.

Con el presente número damos figurin, no obstante no haberse aun terminado completamente la novela. Queda de ella la entrega que comprende el índice y la páuta para la colocacion de las láminas, la cual se repartirá en breve. Lo advertimos así á los Sres suscritores para evitar reclamaciones, y como contestacion á las que con este objeto se nos han dirijido.

La Administracion de la Moda Elegante en MADRID se halla establecida en la librería del Señor Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza de Sta. Ana, á donde podrán dirigirse nuestros suscritores con las reclamaciones que se les ocurran; como asimismo los que deseen suscribirse y enterarse de las bases de nuestra publicacion.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz. 1864.—Imp. y litografia de la Revista Médica, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Levy fils. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob. Paris

© Biblioteca Nacional de España